

Diario de un Matrimonio 5/7

Martes 30 de septiembre

Mes y medio después todavía me cuesta dormir. Tengo miedo de cerrar los ojos y no despertar. Paso horas enteras vagando por la casa sin mucho qué hacer.

Cada día me pesan más los párpados. Avanzo en silencio y a oscuras pensando en todo lo que pudo haber sido.

Yo que nunca quise estar sola ahora me veo perdida en estas habitaciones, sin alguien con quien hablar y con la esperanza de mi bebé perdida...

Recuerdo que cuando me enteré que estaba esperando un hijo, algo me empujó a guardar el secreto. No es que quisiera que fuera una sorpresa para la familia ni nada por el estilo, simplemente que no era un hijo planeado.

Román y yo habíamos hablado muy poco respecto a tener familia, pero en cada una de esas brevísimas conversaciones había dominado la sensación de que "el momento llegaría". Supongo que como todo tenía que ver con Don Rivera y los planes para su hijo, creo que dentro de ellos la descendencia en estos momentos resultaba poco apropiada. Aunque yo no entendía por qué, si estaba claro que él no se iba a hacer cargo del niño ni tenía que dejar de trabajar ni nada por el estilo. Iba a ser yo quien estaría con el bebé todo el tiempo pero mis explicaciones de nada valían.

Creo que Román ni siquiera se imaginó que yo estaba embarazada... se enteraba de tan pocas cosas respecto a mí, aunque no puedo culparlo porque el "No preguntes" era el principal mandamiento de nuestra relación. Pasamos los primeros seis meses de matrimonio aparentando que todo estaba bien, que era maravilloso, que nos divertíamos, que nos entendíamos. Vamos, de dientes para afuera, una pareja

perfecta... iba a decir familia, pero para ser una familia de verdad, se requieren mucho más que dos y eso ahora es imposible...

La verdad es que yo quería ser madre desde hacía mucho tiempo. Mis amigas de la preparatoria ya lo eran, iban con sus hijos en carriolas y vestidos como jovencitos en miniatura. Yo las veía en el centro comercial y una parte de mí las envidiaba en secreto.

A estas alturas ya sabríamos el sexo y podríamos empezar a discutir su nombre: si llevaría el del abuelo paterno o materno, si debía ser un "tercero" o tener un nombre que no eternizara ridículamente a sus ancestros.

A estas alturas yo debería estar redecorando la recámara que da al jardín, a la que entra más luz por la mañana. Pasaría las tardes comprando juguetes didácticos para estimular su inteligencia desde los primeros meses, ropa para cada una de sus etapas y la de cama con algún superhéroe o una princesa. Estaría escogiendo una cuna que se pudiera llevar fácilmente a todas partes; intercomunicadores para escucharlo dormir y levantarme cuando él (o ella) llorara y pararme a consolar sus inocentes sueños, arrullándolo entre mis brazos.

Nada de eso podrá ser ahora y me parece estar oyendo a Román nuevamente, con los codos apoyados en la mesa, con la cara entre las manos (su signo de evidente hartazgo), cuando lo único que yo esperaba era que me dijera que tal vez.

"Estaría bien ser padres en algún momento"... (Silencio frente a mí)

"Sería hermoso tener un hijo siendo jóvenes"...(Una mano buscando el control remoto del televisor)

"Lo podríamos ver crecer, y seríamos jóvenes con él". (El volumen del televisor incrementándose)

Por eso guardé algo que la gente cuenta. Lo dejé durmiendo feliz conmigo, oculto, como si fuera malo. Sólo yo pensaba en él, lo hacía todo el tiempo y quizá por ello empecé a tener miedo, un miedo que iba creciendo en todas partes.

Miedo de perder al niño...

No sé si es coincidencia pero cuando una está embarazada todo parece girar en torno a eso: las conversaciones en el café eran sobre alguna amiga que había tenido un aborto espontáneo, de otra que el ultrasonido le había dicho que su hijo no estaba sano. Llegaba a casa y leía en el periódico que habían nacido niños sin cerebro, en una revista decían que los recién nacidos eran más propensos a enfermedades respiratorias por culpa del medio ambiente, prendía el televisor y lo primero que veía era un programa en el que hablaban del sobrepeso de las madres que afectaba directamente a la salud de los bebés. Tenía miedo de que algo saliera mal y sabía que no podía evitar muchas de esas cosas.

Por eso no lo sabía ni mi madre.

Tampoco quería crear expectativas. Tenía miedo de no llenarlas. Sentía aversión a la idea de las conversaciones entre los Rivera y los Ruiz: si sería niño o niña, si sería un deportista sobresaliente, un músico virtuoso, un administrador o un político, si haría carrera diplomática o sería atlético (como nadie en la familia), si practicaría taekwondo, equitación o piano, si iría a tal escuela o a otra, si debería escuchar *Baby Beethoven* o ver *Discovery Kids*.

Sabía perfectamente que esas conversaciones absurdas terminarían, como todas las de la familia, en pequeñas y estúpidas discusiones en la sobremesa dominical. Lo último que quería era una interminable lista de recomendaciones sobre todos mis hábitos.

No deseaba a la sombra de mi suegra revisando el café con azúcar dietética, ni a mi madre sirviéndome melón con yogurt en el desayuno, cuando a mí me apeteciera algo hirviendo y tostado. No quería ver a mi padre lamentándose en silencio por haber tenido varones y que su apellido estuviera condenado a ser el segundo y desaparecer inevitablemente. Ni a Don Rivera imaginando al tercero de la dinastía, así solía llamar a su familia, como si tuvieran algún tipo de linaje, cosa tan absurda y perdida en una ciudad como esta.

No quería ver a Román preocupado, inseguro, pensando que ya no podría ser el aparente soltero eterno, porque ahora habría, inevitablemente, una pañalera y un *kid car seat* en el asiento trasero de su coche.

Lo que yo quería de verdad era tener un bebé para mí, para cuidarlo y darle todo. Para verlo gatear por el jardín; después, orgullosa y un poco preocupada, seguirlo cuando caminara torpemente agarrado de la pared; escucharlo balbucear e imaginar palabras para mí. Quería tenerlo a mi lado las noches en las que Román inventara una junta urgente con un grupo de inversionistas extranjeros.

Quería tenerlo para no sentirme sola.

Aunque lo intente, no puedo referirme a él como niña o niño. Claro que me hubiera encantado que fuera un lucerito para mí, un poco de luz dentro de tanta mediocridad. Una princesa vestida de blanco, impecable, brillante, a la que llevaría orgullosa de la mano. Pero no puedo llamarla así.

Los médicos y los policías dicen "el producto" cuando se refieren a mi bebé. Odio esa palabra. Si los niños fueran productos yo podría comprar otro hoy mismo y no estaría lamentando que hace un mes y medio, durante una noche de la que no recuerdo nada, un desconocido se lo llevara.

Jueves 2 de octubre

Mi madre vino y no se atrevió a entrar. Su figura en la acera se tambaleaba tanto como el juego de llaves en sus manos, los pies se negaban a avanzar porque su voluntad estaba en otra parte. Vio la casa y las llaves no abrieron ninguna puerta. Supe que lloraba porque cada vez que lo hace agacha la cabeza hacia la derecha y frunce la nariz, es involuntario, lo ha hecho desde que tengo memoria. La recuerdo algunas veces en la cocina cuando llegaba de la escuela y estaba así, exactamente igual que hoy. En el coche adiviné la figura de mi padre, seco y frío por dentro, una roca, incapaz de voltear a la casa de su hija.

Los observé desde detrás de las cortinas que escogimos juntas hace tanto tiempo. El sol estaba a punto de desaparecer y el cielo presagiaba una de esas tormentas otoñales en las que la lluvia barre todo a su paso.

Mis padres desaparecieron y volví a quedarme sola. Cada vez hablan menos entre ellos, aunque nunca fueron muy conversadores. Recuerdo las comidas y cenas en casa siempre con un velo de mutismo y aburrimiento que se incrementó con el paso de los años.

He descubierto que mi madre culpa a mi padre de todo. Cree que si yo no me hubiera casado con Román nada de esto habría pasado, piensa que su ambición por emparentar con los Rivera nos llevó hasta este punto. Por eso no habla, porque siente que ese oscuro secreto escapará en cuanto abra la boca.

Mi padre, cuando nadie lo ve, se quiebra observando fotografías y videos míos en la computadora. Lloro y río al mismo tiempo. Pone las manos envejecidas en la pantalla, dejando las huellas de sus dedos en el plasma donde un segundo antes estuvo mi cara y se resquebraja agazapado en

ese rincón. Él, al que la edad le ha venido tan de golpe desde hace poco más de un mes, se lamenta en silencio, como una estatua que pierde el brillo y no puede quejarse con nadie de su abandono.

Los dos se han ido, en medio del silencio acostumbrado, por el camino que abandona este fraccionamiento.

He pasado la tarde en silencio. Antes me gustaba poner música y cantar por los pasillos de la casa sintiéndome libre, ahora camino descalza sobre el frío mármol mientras mis manos recorren los muebles que nos regalaron en la boda. Observo mi oscuro reflejo en la pantalla que ocupa el cuarto de televisión; paso la mano por la cafetera y por la vajilla importada, a las que el polvo insiste en convertir en su morada. Mis ojos viajan por los portarretratos regalados, los que tienen las fotos de la luna de miel con una puesta de sol cegadora y las de la boda con toda la familia que tanto ha dejado de ser familia.

A pesar del tiempo aun no me acostumbro a estas cuatro paredes silenciosas, supongo que lo mismo le pasará a Román en su prisión. A diferencia de él, yo puedo salir de mi celda hermética.

Hoy sentí necesidad de aire puro y fui al café en el que solía reunirme con mis amigas. Ahí estaban mis queridas y leales compañeras de toda la vida, metiendo el abdomen, rígidas y secas. Susana, Irma y Camila con sus capuchinos y té helados, descafeinados, deslactosados.

Me senté cerca de ellas y su conversación no varió, como si yo no existiese o no tuviese derecho a aparecer ya en ninguna parte:

"No puedes decir que fue alguien más cuando los cables de la alarma estaban cortados en la cocina"...

"¿Y la chapa forzada de la habitación? A qué idiota se le ocurre forzarla desde adentro"...

"Y lo de: disparé días antes como práctica... Hay que ser imbécil"...

"Para luego echarle la culpa a tu ex guardaespaldas"....

"Yo creo que habían hecho un trato con él y después se echó para atrás"...

"Es que Lucerito debió haberlo imaginado, si Román es un idiota presumido que ha visto demasiada televisión" era Irma la que hablaba, exhalaba el humo de su cigarro y lo aplastaba con pulso tembloroso en el cenicero. En ella las palabras salen expulsadas (nunca pronunciadas), debido a una costumbre exagerada de tomar cafeína durante todo el día.

"¿Se imaginaban que tenía una pistola?, con esa cara de tonto no lo puedo ver comprando un arma" reía Susana mientras se cerraba el blazer. El frío comenzaba a pelar los huesos como siempre que llega octubre.

Camila las observaba entre sorbos a su café, "a mí la que me da pena es Lucero; sí, era un poco boba y con mal gusto, pero nadie se merece un disparo y mucho menos por la espalda".

Sentí el calor de la sangre hirviendo en mis sienes. ¿Cómo se atrevían a decir esas cosas de mí? Si ellas eran el mejor ejemplo del mal gusto y la hipocresía con sus ojeras de esposas aburridas, abandonadas en casas horrendas decoradas con productos chinos, caminando con bolsos comprados en los mercadillos... Ellas que habían venido a quejarse conmigo, a llorar a mi casa... "Ay Lucerito, menos mal que te tengo a ti"... ¿Cómo podían decir todo eso cuando eran mis amigas, del género que fueran, de la calidad que fueran, pero mis

amigas? No pude más y salí corriendo de la cafetería mientras la lluvia comenzaba a borrar el horizonte de la ciudad.

Miércoles 8 de octubre

Pienso mucho en Román aunque cada día lo recuerdo con más dificultad. Paso horas observando nuestras fotos. Él se convirtió de la noche a la mañana en señor con barriga de casado, en hombre respetable, en empresario exitoso. Pasó de ser el eternizado adolescente imberbe para transformarse de golpe en ese Román que ya no reconozco porque cada vez está más flaco. Su pérdida de peso se debe más al miedo de ser atacado y al mal sueño, que como un buitre sobrevuela su cabeza esperando que cierre los párpados para atacar, que a la pésima comida.

Por las tardes, por necesidad y no por gusto, pasea tímido por la prisión, intentando pasar desapercibido, ser un fantasma, un don nadie al que no se le pone atención. Va acompañado por el de ojos viperinos, pero no hablan. Caminan como sombras dentro de un mundo de nombres que ya no importan.

Si algo no ha cambiado en Román es la falta de concentración. Recuerdo el primer día que hablamos en la universidad, hacía calor y yo llevaba una minifalda, le pregunté dónde estaba la biblioteca y su mirada se nubló cuando vio mis piernas bronceadas. Sus respuestas a partir de ahí fueron monosilábicas. Su mente tenía la virtud de escaparse. La vida en la prisión hace que su imaginación se dispare.

Todo el tiempo va pensando en esas puntas de metal rústicas y oxidadas, afiladas pacientemente por otros reos, durante las noches largas, contra una piedra de la celda. Instrumentos que tanto le emocionaban en las películas carcelarias al verlos hundidos en la flacidez del vientre de un tipo débil, por una revancha, una cuestión de dinero o por demostración de poder. Esas armas hechas de cucharas o de

herramientas le roban el sueño y aunque camina queriendo pasar desapercibido (ahora ha adoptado una nueva pose al andar, tocándose inconscientemente la cicatriz de la bala que lleva guardada), su mirada siempre va dirigida a las manos de los que pasan cerca de él, esperando que en cualquier momento brille un metal oxidado y se hunda en su cuerpo.

Por eso le cuesta dormir y no habla con su flaco guardaespaldas, porque tiene miedo de ser víctima de lo que tanto le emocionó en la televisión. Por eso cuando logra conciliar levemente el sueño se abraza a la almohada y pega su espalda a la pared en la que una rubia semidesnuda lo observa temblar.

La rubia (oxigenada y con evidentes implantes) es el único recuerdo que queda de un "ladrón de poca monta", explicó el de los ojos viperinos. De acuerdo con él, el ladronzuelo debía mucho dinero y en el último motín alguien aprovechó para cobrarse a la mala, por la espalda.

Román sufre en silencio. Cuando Don Rivera va a visitarlo le dice que está bien, "no tengo miedo, estoy tranquilo, pero deben apurar las cosas, conseguir que algún juez acepte una fianza o que me cambien a una cárcel de menor seguridad. Yo no debería estar con presos de este tipo, que me manden con los de las faltas administrativas"... A veces se quiebra y le dice "no me hagan vivir aquí, me la paso esperando que algo malo suceda".

Don Rivera escucha e intenta calmarlo diciendo "el proceso va en marcha, esperamos que pronto se revierta la sentencia", desvía la mirada de los ojos de Román y afirma sin convencimiento "estamos haciendo todo lo posible". Esas frases a Román no le dicen nada; así como ha visto tantas veces las puntas hundirse de abajo hacia arriba en un cuerpo flácido, también ha escuchado esas palabras en las mismas

películas y sabe que los que están afuera siempre dicen lo mismo.

La mirada de mi marido se nubla y se pierde en los detalles de los ladrillos reforzados, en la corbata de rayas azules de su padre que reconoce como un regalo navideño escogido por mí, por su esposa Lucero; su atención se va con el sonido de una lágrima que cae al piso de concreto pulido, se posa en el filamento del foco de sesenta watts que está a punto de separarse y dejar un pedazo de ese lugar en una penumbra mayor; se fuga hasta el otro extremo de ese espacio de mesas de metal y sillas atornilladas al concreto y se pierde en el cenicero improvisado de otro preso que ahora besa con lujuria a su esposa o novia o amante; sus pupilas se llenan del color gris de las paredes y sus manos se pierden en el metal frío que hace las veces de mesa mientras su padre dice que todo va bien, que las cosas se van a solucionar, que tenga fe en él. Pero Román está lejos.